

MANEL QUERALT

Vacu, el ser sufriente

Prólogo a la primera edición en catalán

Francesc Torralba Roselló

—Filósofo y teólogo laico—

Si la tarea de prologar es difícil a la hora de presentar una obra de ensayo, qué decir tiene cuando se trata del prelude de un libro de poesía. No es fácil ponerse en la piel del autor e interpretar el chorro de sensaciones y pensamientos que configuran su obra poética. El texto es la exteriorización de una interioridad que busca la complicidad del lector. Dotando de ritmo su voz interna, el poeta manifiesta externamente su identidad más profunda, nos muestra el núcleo esencial de su yo. En este sentido, el acto de poetizar es un acto de desnudamiento, de *desvelamiento*, porque el poeta descubre al lector desconocido su lado más vulnerable.

Una vez sumergido en el texto, el lector puede sentirse muy identificado con aquello que palpita en la interioridad del poeta. Cuando esto ocurre, el poema acaba formando parte de nuestro legado personal, deja de ser un objeto intelectual o literario, para convertirse en una ventana de la propia subjetividad. A menudo, los poetas saben expresar mejor que nosotros mismos aquello que sentimos en la profundidad de nuestro ser. Ponen palabras a nuestras impresiones, a nuestros sentimientos, a nuestras emociones. Nos ayudan a definirnos más perfectamente, aunque ya sepamos que nunca podremos hacerlo por completo, porque las palabras no pueden contener la magnitud de la experiencia humana. Los poetas tienen el don de la palabra, la plasticidad de la imagen y el ritmo necesarios para dotar a su obra de la armonía ideal.

La poesía, pues, nos permite acceder al océano subjetivo del otro,

aunque este itinerario siempre presente algún que otro escollo. La probabilidad de no ver lo esencial, o de interpretar incorrectamente el núcleo de la obra, siempre está presente cuando uno se dispone a analizar las ideas de un poeta. Con todo, el esfuerzo merece la pena, ya que cada texto esconde infinitas posibilidades y cada lector hace suyos los hallazgos personales. Leer poesía es como empezar un viaje sin retorno: no sabemos hacia dónde nos llevará, ni cómo seremos al llegar al final. Con frecuencia, no resulta un camino agradable, porque descubrimos ámbitos de la existencia y de nuestra subjetividad que hubiéramos preferido no conocer. Sin embargo, el poeta no es quien nos muestra tan sólo lo sublime de la vida, sino también aquello oscuro y mezquino. De ahí que leer poesía exija una cierta fortaleza de alma, pues no siempre el lector está dispuesto a enfrentarse a sí mismo, ni tampoco a los límites de su mundo.

El autor del libro que el lector tiene entre las manos me ha invitado a prologar esta obra poética, por lo que me siento agradecido y atemorizado a la vez, debido a la compleja tarea que esto comporta. Y es que no es sencillo calificar con adjetivos la poesía de Manel Queralt. De entrada, podríamos decir que estamos ante un poeta maduro que ya ha expresado en otros textos muy logrados su concepción del mundo, del hombre y de la existencia humana; alguien que ofrece al lector una poesía de pensamiento, una poesía que tiene como objetivo central hacer reflexionar al lector, llevarlo hacia lugares desconocidos y propiciar en él el acto de pensar. No obstante, no se trata de una poesía puramente intelectual. A pesar de ser rica en conceptos filosóficos —en ella abundan los implícitos metafísicos—, es una poesía intensamente apasionada, que hace palpar el corazón del lector y propicia en él estados de ánimo imposibles de nombrar a priori. Quien no esté dispuesto a experimentar transformaciones en sus ritmos vitales, mejor que no lea a este poeta, porque sus versos contienen un torrente de ideas y de sentimientos que no dejan indiferente a quienquiera que se les aproxime.

Hay poetas que lees y olvidas. Pero hay poetas que lees y ya no puedes olvidar nunca más, no tan sólo porque nos hayan tocado

alguna tecla del alma, sino porque nos vacían por dentro y nos dejan a la intemperie. Manel Queralt pertenece a esta segunda estirpe de poetas, y por ese motivo me permito hacerle al lector la siguiente advertencia: lo que encontrarás en estas páginas que siguen es poesía filosófica, un largo poema de búsqueda personal, una exploración honesta y cruda a la vez de la condición humana.

No me propongo, lo más mínimo, decir de otra manera lo que el poeta expresa tan bellamente en la obra que nos regala –aunque tampoco sería capaz de ello–, sino que mi intención no es otra que explorar el mundo que nos muestra desde la perspectiva de un lector que ha tenido el privilegio de degustar su poesía antes de ser editada en forma de libro. Al fin y al cabo, la finalidad de un prólogo no es comentar la obra que se preludia, sino potenciar su lectura, mostrar al lector el valor del texto que tiene en las manos, para que se disponga a leerlo o, mejor dicho, a recibirlo y dejarse interpelar por él. Si este prólogo alcanza dicho objetivo, podré darme por satisfecho, porque creo que la obra lo vale.

En nuestro paisaje cultural no abunda este tipo de poesía. Muy frecuentemente, este género literario se utiliza para embellecer retóricamente un discurso o para amenizar un acto social; pero la poesía de Queralt no obedece a ninguna de estas finalidades. Es una poesía con un profundo tono existencial, nacida de una angustia vital –en el sentido más *heideggeriano* del término–, y que describe el lado más oscuro y problemático de la vida humana. El poeta expresa rítmicamente la vivencia de la angustia ante la nada, ante la constatación de que somos tiempo que pasa, de que somos seres-para-la-muerte. Queralt se enfrenta a la experiencia del vacío, sin esconder la dureza de esta realidad, e invita al lector a hacer el mismo recorrido que él ha hecho en solitario. Podría parecer que el poeta esté buscando un cómplice, una voz amiga que participe de su misma vivencia.

Ante el precipicio del vacío, lo habitual es la práctica de la distracción, la huida hacia las cosas materiales, la dispersión en los

entretenimientos de masas. En nuestra sociedad, disponemos de mecanismos muy potentes, tanto en intensidad como en extensión, para mantener constantemente distraído al sujeto, ocupado permanentemente por hechos y noticias irrelevantes. En numerosas ocasiones, la poesía obedece a esta función; pero no ocurre lo mismo en el caso de Queralt.

El poeta nos deja plantados ante el horror del vacío y nos abandona en el borde del precipicio, solamente para que pensemos dónde estamos, quiénes somos y qué da sentido a nuestras vidas. En el seno de una cultura llena de ruido y mensajes anestésicos, la poesía de Queralt es, en cierta manera, contracultural: no se despliega en el territorio de la frivolidad, sino en el vasto territorio de la seriedad y la gravedad existenciales. Es muy posible que el lector postmoderno no acabe de comprender el drama de Vacu, el protagonista de la obra, lo que no sería a causa del autor, sino más bien de la distancia de experiencias que hay entre el poeta y el mundo. No obstante, estoy seguro de que algunos lectores habrán sentido con amargura el mismo vacío que Vacu padece y, por lo tanto, se sentirán identificados en parte con el mundo construido por Manel Queralt.

Por consiguiente, bien se podría decir que la poesía de Queralt exige un lector dispuesto a navegar muy lejos, capaz de sumergirse en la metafísica del absurdo y a tocar con sus propias manos el carácter contingente y superfluo de la existencia humana. Somos, pero podíamos no haber sido. Existimos en un mundo donde la magnitud del mal nos abruma. De hecho, la experiencia de la miseria del ser vertebrada cada poema de Queralt. La caducidad de todas las cosas, el inexorable paso del tiempo, la contingencia del mundo y de las personas, la fragilidad del yo y de sus vínculos son cuestiones centrales en esta opción poética. Todo es caduco en el mundo de Queralt y, sin embargo, el ser humano no vive perfectamente instalado en esta fatalidad, sino que se siente profundamente incómodo y busca, desesperado, una respuesta, una señal, un sentido a todo. La experiencia de esta insostenible levedad del ser, por decirlo con las palabras de Milan Kundera, genera un tipo de sufrimiento que, en lugar de ser de tipo corporal, es de carácter

metafísico.

En la poesía de Queralt, el sufrimiento se convierte en la clave de bóveda de la naturaleza humana. El poeta se pregunta qué es lo que justifica la existencia, por qué motivo el protagonista, Vacu, desea seguir siendo, luchar para permanecer en el ser. Vacu es el arquetipo de hombre que se enfrenta responsablemente a su vacuidad y, en lugar de salir por la tangente, busca desesperadamente una razón que fundamente su existencia y lo ampare de la tentación nihilista. Queralt pone en el mismísimo centro del poema la pregunta filosófica por definición: ¿qué es lo que hace que la vida merezca la pena ser vivida?

Vacu es un hombre frágil, vulnerable, opaco, atenazado por el dolor, desorientado en el gran laberinto de la existencia y alejado de sus semejantes. El poeta nos obliga a abrir la ventana del vacío, a mirar más allá de lo que habitualmente vemos y a escarbar en los cimientos de nuestro ser. El ser de Vacu no se sostiene sobre el Ser eterno de un Dios que ama desde la eternidad, sino en el Vacío más profundo. En la poesía de Queralt no se detecta esa Presencia que da sentido al Gólgota; más bien, parece decirnos que asumir esta vacuidad es el único itinerario de liberación.

En este extenso poema, el autor expresa lírica y agónicamente la experiencia del vacío, aquello que los autores latinos denominaban el *horror vacui*. Personaje central del poema y también, probablemente, *alter ego* del poeta, *Vacu* recorre la geografía del absurdo y nos muestra sus padecimientos al enfrentarse con esta realidad. La posible disolución en la nada, la incomunicación con los otros, la vivencia de la soledad y la impotencia ante la magnitud del mal en el mundo son omnipresentes en la poesía de Queralt. Evidentemente, el lector puede o no compartir la cosmovisión del poeta, pero, en todo caso, tendrá que reconocer que la perspectiva que nos ofrece Queralt sacude nuestras convicciones y nos hace meditar. Tan sólo por este motivo, la poesía contenida en este libro ya posee un gran valor.

Nos dice el poeta que de las grandes preguntas, de aquellas que de verdad nos hieren el fondo del corazón y nos conmueven: «no se sabe gran cosa, nada se puede decir». La poesía de Manel Queralt posee, además de una gran belleza plástica, una intensa fuerza metafísica, ya que, lejos de moverse en el plano de la superficialidad, enfrenta al lector con los grandes interrogantes de la existencia. En este sentido, nos despierta del dulce sueño del no pensar.

Espero, apreciado lector, que sepas saborear esta poesía que Queralt tan amablemente nos ofrece. Toda ella rezuma sinceridad, honestidad intelectual y pasión por la verdad. Exige atención y, sobre todo, la voluntad de escuchar, por lo que, para poder asimilar su esencia, tendrás que hacer un esfuerzo para silenciar las voces que resuenan en tu interior, adoptar una actitud receptiva y dejarte extasiar por el texto. ¡Buen viaje, lector!

Francesc Torralba Roselló
–Filósofo y teólogo laico–